

# Tentar a un highlander

La Romántica



# **Janet Chapman**

## Tentar a un highlander

Traducción de Aurora Elizalde

 Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro, está calificado como **papel ecológico** y ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes o incidentes son producto de la imaginación de la autora o están usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, con establecimientos comerciales, escenarios o acontecimientos es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Tempting the Highlander*

© Janet Chapman, 2004

Publicado de acuerdo con el editor original, Pocket Books, un sello de Simon & Schuster, Inc.

© por la traducción, Aurora Elizalde, 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2010

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño, División Editorial del Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: marzo de 2010

Depósito legal: B. 4.398-2010

ISBN: 978-84-08-09184-4

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuademación: Litografía Rosés, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

## Biografía

Janet Chapman nació en Maine (Estados Unidos), donde vive a orillas de un lago con su marido y sus dos hijos. Trabajó como maestra, pero actualmente está volcada por completo en su carrera de escritora. *El hechizo de Grey*, su primera novela, fue publicada en 2003. Desde entonces no ha parado de escribir, y actualmente está trabajando en varios proyectos. En 2009, Booket publicó las obras: *El hechizo de Grey*, *Amar a Morgan* y *La boda del guerrero*, que forman parte de su aclamada colección de novelas sobre viajes en el tiempo. En 2010, las aventuras de los MacBain y los MacKeage continúan con tres nuevos títulos: *Tentar a un highlander*, *Sólo con un highlander* y *Secretos de highlander*.

Más información en: [www.janetchapman.com](http://www.janetchapman.com)



*Para mi ángel de la guarda particular*



## Agradecimientos

Gracias, Grace Nugent, por estar conmigo desde el principio. Tu respaldo y tu aliento inquebrantables siempre han sido, y siguen siendo, un preciadísimo regalo.



## Capítulo uno

—Venga, cariño... Dámelo, encanto...

Robbie MacBain se despertó completamente alerta y dispuesto para el combate, aunque sin tener la menor idea de qué ocurría.

—Así. Anda, muévete, cariño...

¿Pero qué diablos...? Desde luego no estaba en la cama con una mujer, de modo que no debería estar oyendo una voz ronca y seductora en la oreja. Sabía que estaba en su dormitorio de la granja, pero también sabía, y eso era lo más importante, que estaba solo.

—Venga, un poquitín más, cielo...

Se sentó muy derecho e intentó ver en la oscuridad. Nada: ni rastro de una mujer. Sin embargo, la voz había sonado muy clara..., además de suave, sexy y cercana.

—Venga... —susurró ella cada vez con menos paciencia—, que tengo que irme... ¡Ay, por el amor de Dios, muévete!

Al oír el descontento cacareo de varias gallinas, Robbie volvió la cabeza con gesto brusco hacia el monitor de bebés que estaba en su mesita de noche. Y, al tiempo que echaba atrás las mantas y saltaba de la cama, soltó un taco.

El gallinero.

En teoría estaba vigilando el gallinero.

Se puso los pantalones deprisa y corriendo, cogió la camisa y se detuvo lo suficiente para echar un vistazo al reloj que tenía junto a la cama. Vio que eran las cinco y media y sonrió mientras se ponía la camisa a todo correr y buscaba los calcetines.

Horas antes, cuando decidió que no tenía por qué dormir fuera aquella fría noche de marzo, había llevado el monitor de bebés al gallinero para que el aparato electrónico realizara su trabajo. Y funcionaba, se dijo, mientras se ponía las botas y se las ataba, saltando primero sobre un pie y luego sobre el otro.

Era el tercer asalto al gallinero de la semana. Sólo se llevaban media docena de huevos cada vez y siempre dejaban un billete de un dólar, pero era cuestión de principios. Alguien estaba *comprando* los huevos. A Robbie no le hacían mucha gracia los misterios, y la mujer de la voz sexy que había oído en el transmisor era un misterio que de pronto tenía muchas ganas de resolver.

Bajó corriendo la escalera y patinó hasta detenerse en la cocina. Sin hacer ruido, abrió la puerta de la casa y salió muy despacio al porche iluminado por la luna, justo cuando la mujer salía a hurtadillas del gallinero.

Robbie parpadeó. Menos mal que acababa de oír su voz en el transmisor, si no habría jurado que el ladrón era un crío: parecía un chiquillo, agachada junto a una mochila al tiempo que, con precaución, metía dentro su desayuno robado.

La mujer lo divisó cuando bajaba del porche.

Dando un chillido de susto, dejó caer dos huevos mientras se ponía de pie, y luego se echó la mochila a la espalda y empezó a correr hacia el prado.

—¡Eh! ¡Pare!

La mujer trepó a la valla del cercado con la agilidad de un gato.

Con una amplia sonrisa absolutamente masculina, Robbie echó a correr. Desde luego su ladrona tenía un bonito trasero... Y, de pasada, mientras saltaba la valla, también se fijó con agrado en que toda su altura procedía de un par de largas piernas que, rápidamente, la internaban en la noche.

Pero él medía dos metros con calcetines, y estaba seguro de que no tardaría en dar por fin con ella. Después averiguaría quién era y qué hacía robando huevos.

Al cabo de casi un kilómetro la sonrisa de Robbie había desaparecido. ¡Se le escapaba! Respirando con un áspero jadeo entre los dientes apretados, obligó a sus piernas a moverse más rápido. En tono arrogante, la noche anterior les había asegurado a los chicos que no era más que un simple ladrón, que él lo atraparía y que no, gracias, no necesitaba la ayuda de unos adolescentes... No tenía la menor intención de que sus fanfarro-  
nadas se convirtieran en risotadas esa mañana.

Persiguió a la mujer durante casi tres kilómetros hasta que por fin se dio cuenta de que no iba a atraparla. Tras salir del prado, pasar por el barranco y cruzar la loma a toda velocidad, la gatita de largas piernas había desaparecido en el denso bosque de la montaña Tar-Stone.

¡Maldita sea...! La vuelta fue un frío paseo a la escasa luz de la mañana. Durante el primer kilómetro y medio Robbie agotó casi toda su letanía de palabrotas, y al llegar al jardín ya sólo le quedaban juramentos en gaélico.

Se detuvo en medio de dos docenas de gallinas que

se habían escapado por la puerta abierta del gallinero y buscaban comida, y se volvió a mirar el TarStone para ver el sol naciente asomarse por encima de la cumbre.

En ese momento Cody salía del gallinero haciendo chasquear un arrugado billete de un dólar entre las manos.

—Por lo visto, otra vez hay dinero revuelto para desayunar —dijo, haciendo caso omiso de la feroz mirada de advertencia de Robbie—. ¿Tenemos queso para acompañarlo? Nada como tostadas quemadas y una tortilla de billetes de un dólar para empezar bien el día.

Robbie dio un amenazador paso adelante.

El delincuente juvenil de dieciséis años se metió el billete en el bolsillo, se cruzó de brazos y sonrió.

—¿Es huevo eso que veo en tu cara, jefe? —preguntó.

Robbie también se cruzó de brazos.

—No, lo que ves es mi decisión de que tú vas a preparar el desayuno.

La sonrisa de Cody desapareció.

—Si lo preparé ayer...

—Y lo hiciste tan bien que hoy lo harás otra vez.

Mientras murmuraba algo que Robbie supuso que era una buena palabrota, Cody se alejó dando fuertes pisotones hacia la casa. Justo entonces se abrió la puerta mosquitera, y Gunter salió al porche y se echó a un lado para que Cody pasara como un huracán por delante de él.

Robbie dio un suspiro; Gunter no iba vestido para ir al instituto sino para el trabajo. Con los brazos aún cruzados sobre el pecho, se volvió para enfrentarse a su siguiente reto.

—Harley ha llamado: hay dos leñadores enfermos —dijo Gunter al tiempo que se acercaba—, así que hoy voy a trabajar.

A Robbie no le sorprendía que aquel chico de dieciocho años prefiriera pasar un día de dura faena en los bosques antes que ir al instituto. Diablos: Gunter preferiría limpiar establos antes que ir al instituto.

El chico se detuvo delante de Robbie.

—Harley ha dicho que hoy salen dos cargas de troncos —prosiguió; para variar, sus ojos casi negros estaban más ilusionados que a la defensiva—. Me necesitas para manejar la grúa.

—Yo manejo la grúa.

—Pero esta mañana tienes una reunión con la juez de la tele.

Maldición; era verdad... Y aquellos troncos tenían que partir sin falta.

—No es la juez de la tele; se llama juez Bailey, y es lo único que te separa de una celda de dos metros y medio por tres.

—Hoy sólo tengo taller de metal y una clase —continuó Gunter—. Lo recuperaré mañana.

Robbie le devolvió la franca mirada y sopesó la necesidad de educación del chico frente a su deseo de librarse de la estructura del aula.

Diablos, todo el mundo necesitaba un desahogo de vez en cuando... Y a lo mejor una larga jornada de trabajo en el bosque servía para recordarle a Gunter que la educación le proporcionaría una vida más fácil.

Además, el chaval se merecía una recompensa por llevar dos meses enteros sin montar pelea en el instituto...

Robbie aceptó asintiendo con la cabeza.

—Dile a Harley que iré para allá después de la reunión con Bailey. Y, Gunter... —añadió cuando el chico se volvía para marcharse—, sólo te quedan diez semanas para el título. Cualquiera aguanta lo que sea durante diez semanas.

Una leve sonrisa apareció en la, por lo general, impassible cara de Gunter.

—Yo llevo aguantando tus guisos un mes —dijo en voz baja.

Animado por aquella sonrisa, Robbie sonrió también.

—Esta noche la abuela Katie va a traernos lasaña —dijo como una concesión—; con ensalada y panecillos caseros.

Gunter se volvió del todo para mirarlo con expresión seria.

—¿Cuándo vas a buscar otra ama de llaves?

Robbie meneó la cabeza.

—Se ha corrido la voz sobre los gamberros que hay aquí: no tengo suficiente dinero para atraer a otra mujer.

—Ya hemos aprendido la lección —dijo Gunter—. Si eso nos ahorra tus guisos y el que tengamos que hacernos la colada, la trataremos como a una verdadera reina.

—No dejaré de ponerlo en el anuncio —dijo Robbie.

El rápido repiqueteo de un bastón sobre la grava hizo que se volviera a mirar. Gunter miró también y al ver al padre Daar bajando el camino de acceso desde el bosque, giró sobre sus talones y salió corriendo hacia la casa.

Robbie tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no hacer lo mismo.



—Quiero charlar contigo, Robbie —dijo Daar, al tiempo que apartaba las gallinas con el bastón—. Necesito tu ayuda en un asunto.

—Si se trata de la bomba para el pozo, ya he pedido una nueva —dijo Robbie con la esperanza de adelantarse al anciano sacerdote, que vivía en una cabaña, a mitad de la ladera de la montaña TarStone—. Llegará mañana, y los chicos y yo la instalaremos cuando vuelvan del instituto.

Pero Daar ya meneaba la cabeza.

—No estoy aquí por eso. —Se acercó y, al ver que Rick salía corriendo de la casa, bajó la voz—. Es algo un poco más importante.

—¡Peter ha vuelto a cargar demasiado la secadora y ha provocado un incendio! —gritó Rick desde el porche—. ¿Dónde está el extintor?

Robbie salió de estampida hacia la casa, dejando al sacerdote metido en un torbellino de gallinas que no paraban de aletear. Era lo que le faltaba: que el antiguo hogar de su madre, que había sobrevivido a cuatro generaciones de la familia Sutter, lo hiciera arder hasta los cimientos un delincuente de quince años que creía que los electrodomésticos eran, en realidad, demonios que intentaban arrastrarlo hasta el averno.

Era el segundo incendio que Peter provocaba ese mes. Tres semanas antes había sido la tostadora, que fue pasto de las llamas junto con los visillos y parte de un armario de cocina; todavía olía a quemado en la casa.

Robbie echó mano al extintor que colgaba de un gancho a poco más de medio metro de Rick, entró corriendo en el lavadero y sofocó las llamas que ya subían por la pared.



Mientras volvía a la cocina, limpiándose la cara de polvo, echó un vistazo al grupo de jóvenes que, con los ojos muy abiertos, lo miraban como si su destino dependiera de él... Y así era.

Cuatro muchachos, todos bajo la tutela del estado, todos a su cargo durante los últimos ocho meses... Bueno, salvo Gunter. A Gunter lo habían liberado hacía seis semanas, el día en que cumplió dieciocho años, aunque por lo visto el chico no tenía prisa por marcharse.

A Robbie no le parecía mal; hasta que lograra encontrar su lugar en la vida, Gunter tenía un hogar allí.

Para gran consternación de la juez Bailey.

A Bailey no le agradaba ver a los otros tres chicos, en particular Peter, que tenía quince años, viviendo bajo el mismo techo que un conocido camorrista cuya mala fama había llegado a tres salas de juicios y diversos centros de internamiento del condado. De ahí la reunión de aquella mañana.

—¡So cretino! —dijo Rick, al tiempo que le daba a Peter un puñetazo en el brazo—. ¿Es que intentas que nos manden otra vez de acogida?

—¿Y qué diablos es este sitio, si no? —refunfuñó Peter, mientras se frotaba el brazo y le echaba una mirada asesina a su hermano mayor.

—Ésta no es una casa de acogida —le espetó Rick, enojado—. Y además es muchísimo mejor que el centro de internamiento. Maldita sea, no voy a irme de aquí por tu culpa.

Hizo amago de volver a darle un puñetazo, pero Robbie le cogió el puño con el suyo.

—Nadie va a ir a ningún sitio salvo al instituto —dijo en voz baja—. Si esta casa se quema, viviremos en la

cuadra. Todos os quedáis aquí hasta que decidáis que preferís estar en otro sitio.

—Sería más fácil si contrataras una nueva ama de llaves y ya está —dijo Cody, mientras sacaba su tostada en llamas de la flamante tostadora.

—Tendríamos un ama de llaves si tú no hubieras espantado a las tres últimas —le recordó Robbie.

—Es que ninguna tenía sentido del humor —repuso Cody con un bufido, raspando lo negro de la tostada.

—No dejaré de ponerlo en el anuncio —dijo Robbie.

Dejó el extintor vacío junto a la puerta para llevarlo a rellenar al pueblo, y entró en el cuarto de baño a lavarse la cara y las manos.

—Chicos, hoy tenéis que coger el autobús escolar —dijo a través de la puerta abierta—. Gunter, llévate la furgoneta al trabajo.

Volvió a salir del cuarto de baño secándose las manos en el faldón de la camisa, porque no encontraba una toalla. Luego le dirigió una penetrante mirada al joven mientras le advertía:

—Y no vayas a ningún sitio que no sea el trabajo y de vuelta. Y además no hagas que me arrepienta de haber dejado que te saltes el instituto —añadió en voz baja.

—¿Cómo es que Gunter no va al instituto? —preguntó Peter.

—Porque ya he aprendido a poner una secadora y una tostadora sin provocar un incendio —le dijo Gunter.

—¿Dónde? ¿En la clase de economía doméstica?

Sólo hizo falta un amenazador paso adelante de Robbie para que se detuviera el avance de Gunter hacia

Peter, y a continuación, un gruñido de advertencia para que los cuatro chicos se dirigieran hacia la puerta.

—Buenos días, padre —dijo Cody con la boca llena de tostada, mientras se apartaba para dejar entrar al sacerdote en la casa.

—Buenos días, padre —dijo Gunter entre dientes, al tiempo que pasaba rozándolo.

—Buenos días, padre —dijeron Rick y Peter al salir corriendo camino de la seguridad del jardín.

Daar le dedicó una silenciosa mirada feroz a cada uno mientras pasaba a su lado dando zancadas.

Robbie no pudo evitar sonreír. Durante los últimos ocho meses el anciano sacerdote había intimidado a los chicos empleando el puro terror para que lo respetaran. Cuando llegaron, les dedicó una taladradora mirada asesina, los señaló con su bastón de cerezo, les explicó que en realidad era un mago y les advirtió que, si no se comportaban cortésmente con él, los convertiría a todos en escarabajos peloteros con su poderoso báculo.

Todos asintieron con gesto respetuoso pero, en cuanto se alejó, se apresuraron a mirarse poniendo los ojos en blanco; por lo visto, decidieron seguirle la corriente a aquel viejo loco.

Robbie se preguntaba cómo reaccionarían si supieran que, en realidad, Daar era un mago.

Su nombre completo era Pendaär, y aparte de convertir a delincuentes en escarabajos peloteros, el antiguo *drùidh* también era capaz de adelantar ocho siglos en el tiempo a diez guerreros de las Tierras Altas escocesas. Robbie lo sabía porque su padre, Michael MacBain, había nacido en Escocia en el siglo XII... Y también su tío, Greysten MacKeage, igual que Morgan, Ian y Callum MacKeage.



Y, como la Providencia había juzgado conveniente obsequiar a Robbie con el poder de tutelar a sus dos clanes, hacía unos cinco años que los guerreros habían dejado con mucho gusto el cuidado de Daar en sus competentes hombros, después de muchos sermones para que no creyese nada de lo que le contara el anciano sacerdote. Habían sido cinco largos años llenos de innumerables aventuras..., que se habrían convertido en desastres a no ser por la vigilancia de Robbie.

Daar apartó con la mano el humo que seguía flotando mientras se dirigía a la mesa de la cocina.

—Sobre mi asunto...

—Me temo que tendrá que esperar —dijo Robbie, al tiempo que se acercaba a la encimera y servía sendas tazas de café para los dos—: mi jornada acaba de completarse. Ahora tengo que comprar una secadora antes de ver a la juez Bailey.

Daar soltó un bufido y golpeó el suelo con el bastón.

—Ya me encargaría yo de esa vieja bruja, si me dejaras.

Robbie le puso una taza de café por delante mientras le decía:

—Martha Bailey no es vieja y no es una bruja: se limita a hacer su trabajo. —Tomó asiento a la mesa—. Y nuestro trato es que usted no enreda con la magia si quiere seguir viviendo en la montaña TarStone.

Daar soltó un gruñido por lo bajo, tomó un sorbo de café y se estremeció con gesto asqueado antes de tomar otro sorbo.

Robbie dio un sorbo a su taza, se levantó, tiró el café al fregadero y fue al frigorífico a buscar un zumo.

—Mi asunto no puede esperar —dijo Daar—. El equinoccio de primavera es mañana.



Robbie, que miraba dentro del frigorífico, se quedó quieto, con el fino vello del cogote erizado de inquietud. Despacio, se enderezó y miró al sacerdote.

—¿Y qué es lo que pasa con el equinoccio de primavera?

—Todos los planetas estarán alineados como tiene que ser.

—¿Como tiene que ser para qué?

—Para arreglar este problemilla que tenemos.

Fue el «tenemos» lo que más alarmó a Robbie. Los problemillas de Daar tenían la costumbre de convertirse en enormes dolores de cabeza para él, y si se le añadía la primera persona del plural, por lo general eso significaba una jaqueca hecha y derecha.

Cerró la puerta del frigorífico, puso los brazos en jarras y echó una mirada feroz al sacerdote.

—Y, exactamente, ¿cuál es ese problema..., nuestro?

Daar se volvió para quedar de frente a la mesa y, dirigiéndose a su taza de café, susurró:

—Tu padre y los demás van a volver a su antigua época cuando llegue junio.

Robbie sólo pudo mirar fijamente la espalda de Daar.

—Tengo tres meses para prolongar el hechizo que los trajo aquí —siguió contándole el *druidh* al café; por fin se volvió a mirar a Robbie—. El solsticio de este verano hará treinta y cinco años que están aquí, y entonces es cuando el hechizo se acaba.

No fue un dolor de cabeza lo que sintió Robbie sino unas palpitaciones en el pecho, tan dolorosas que le costó trabajo respirar. ¿Iba a perder a su padre dentro de tres meses? ¿Y a Grey y a los demás? Maldita sea... Tenían esposas..., e hijos... Y lo que se consideraba una vida estable.

—Di algo —susurró Daar.

—¡Impídalo!

—¡Lo he intentado! —le espetó, enojado, el sacerdote como respuesta, al tiempo que golpeaba con el bastón en el suelo otra vez—. ¡Casi he volado la casa de la cumbre a base de intentos, y además he provocado un corrimiento de tierras en el TarStone!

—¿Aquel corrimiento de tierras fue obra suya? —susurró Robbie; su mente se llenó de imágenes de los destrozos—. ¿Y el incendio de la casa de la cumbre el mes pasado? ¿Usted lo provocó?

Daar bajó la vista hacia el bastón mientras, con una mano retorcida por la edad, frotaba uno de los curtidos nudos de la madera de cerezo.

—También provoqué la riada que se llevó el puente del pueblo la semana pasada... —Alzó la barbilla—. Intentaba encontrar un nuevo hechizo para prolongar el antiguo.

Robbie se pasó una temblorosa mano por la cara.

—Deje que me aclare. ¿Todo el tiempo ha sabido lo de este..., este límite temporal de treinta y cinco años, y nos lo dice precisamente ahora?

—«Nos» no —dijo Daar al tiempo que abría mucho los ojos, alarmado—. Sólo a ti. Laird Greylen y los demás no pueden enterarse de esto.

—¿Por qué no? Son sus vidas las que están a punto de quedar destrozadas.

Daar asintió, impaciente.

—Pero lo impediremos —dijo—. Tú retrocederás en el tiempo a buscarme un nuevo libro de hechizos, y luego prolongaré el antiguo hechizo para mantenerlos aquí.

Aún de pie junto al frigorífico, todavía tambaleándose estupefacto, Robbie meneó despacio la cabeza.

—Ah, no. Sé todo lo de sus intentos por reemplazar el libro que voló hace veinte años. Mientras no tenga esos hechizos, todos estamos a salvo..., incendios, corrimientos de tierras y riadas aparte.

—Pero si eso es lo que intento decirte... Es que los cinco escoceses que quedan no están a salvo: con el solsticio de verano, volverán a su hogar.

—¡Están en su hogar!

—¡A su antiguo hogar! —gritó Daar. Soltó un enorme suspiro y, al tiempo que se levantaba y se acercaba hasta ponerse delante de él, bajó la voz—. Robbie: traje aquí a Greylen para que engendrara a mi heredera; eso ya lo sabes. Pero lo que no sabe nadie es que yo sólo necesitaba que estuviese aquí el tiempo suficiente para tener siete hijas y proteger a Winter MacKeage hasta que ésta llegara a la edad adulta. Para realizar un hechizo definitivo habría tenido que hacer concesiones.

—¿Qué clase de concesiones?

Daar retrocedió un paso.

—Habría tenido que pasar el resto de mis excepcionales días en la época moderna.

Robbie dio un paso adelante.

—Así que por egoísmo eligió hacer pedazos las vidas de cinco hombres. ¡Y dos veces!

Daar alzó el bastón en gesto de raquítica defensa.

—No pensé con tanta anticipación... Y además sólo tenía que ser Greylen, los otros no. Ellos fueron un accidente.

—Y eso me convierte a mí... ¿En qué? ¿En otro accidente?

Daar meneó la cabeza con frenesí.

—No: tú eres su salvación. Tú naciste su guardián

y, además, te has convertido en un excelente guerrero, Robbie. Ya ha llegado la hora de que cumplas tu destino.

—Trayéndole a usted un libro de hechizos y devolviéndole plenos poderes... —dijo Robbie, al tiempo que se cruzaba de brazos—. Pero qué oportuno que mi destino encaje perfectamente con sus necesidades...

Daar dio un grito ahogado, al tiempo que retrocedía y chocaba con la mesa.

—¿Crees que miento? —Lo señaló con el bastón—. ¡Maldito seas, MacBain! ¡Yo soy un sacerdote!

De un salto, Robbie abandonó su despreocupada postura y avanzó hacia el sacerdote hasta que el bastón estuvo tocando su pecho. Desde su imponente altura le lanzó al *druidh* una mirada tan amenazadora que Daar retrocedió tambaleándose hasta la silla y se sentó dando un golpe sordo.

—No intente siquiera maldecirme, anciano —susurró Robbie—. Como guardián de mis dos clanes, me protege el derecho divino.

Se inclinó más todavía, al tiempo que clavaba una mirada feroz en los azules ojos, muy abiertos, de Daar.

—Se le ha permitido vivir aquí sólo porque Winter MacKeage necesitará su ayuda en el futuro, pero hasta entonces se quedará usted tranquilamente allá arriba, en su cabaña, y se considerará afortunado por estar bajo la protección de un *laird* benévolo. Porque —prosiguió mientras, de un tirón, le quitaba el bastón que se interponía entre ambos y lo echaba sobre la mesa— yo no sería tan compasivo como Laird Greylen si usted se hubiera entrometido en mi vida como lo hizo en la suya.

—Todo..., todo ha salido bien para él. Ama a su es-

posa, a sus hijas y su nueva vida de aquí. Todos los guerreros de las Tierras Altas están contentos.

Robbie refunfuñó al tiempo que se enderezaba y se apartaba.

—Sólo porque usted ya no se entromete en sus vidas.

En cuanto hubo cierta distancia entre ellos, el *drùidh* alzó la barbilla en gesto desafiante.

—No carezco por completo de poderes —dijo.

—Sí: todavía provoca incendios, riadas y corrimientos de tierras.

—Todavía puedo viajar a través del tiempo —añadió Daar, inclinándose hacia delante de nuevo—. Y los planetas se alinearán como es preciso mañana, justo a la hora del crepúsculo.

Robbie cerró los ojos y se frotó la cara con las dos manos antes de volver a mirar al anciano y tenaz sacerdote. Después soltó un fuerte suspiro.

—No habrá ningún viaje en el tiempo, *drùidh*. Ningún hechizo y ningún libro.

Daar respondió:

—Entonces dentro de tres meses habrá cinco hombres menos viviendo en Pine Creek. Va a ocurrir, Robbie, te guste o no. A menos —se apresuró a añadir— que viajes a la Escocia del siglo XIII y me traigas un libro nuevo.

Robbie se quedó mirándolo en silencio. ¿Cuántas veces le habían advertido que no creyera a Daar? ¿Y cuántos cuentos le había contado el anciano sacerdote durante los últimos cinco años, intentando obtener su ayuda para sustituir su libro de hechizos? Pero aquél era, con mucho, el cuento más maquiavélico hasta la fecha; Daar sabía que Robbie haría cualquier *cosa* para proteger a su familia.

—No —refunfuñó.

—Reúnete conmigo en la cima del TarStone mañana a la puesta de sol —dijo Daar, al tiempo que agarraba su bastón y se ponía de pie—. Y trae tu espada.

—No.

—Tal vez quieras buscar el *plaid* MacBain que llevaba tu padre cuando vino aquí —prosiguió el sacerdote, caminando hacia la puerta—. No lleses ropa hecha de tejidos modernos, ni nada que no se hubiera inventado por entonces.

—No.

Daar se detuvo con la mirada alzada al techo pero concentrada hacia dentro, pensativa.

—Probablemente debería enviarte de vuelta unos diez años después de que los escoceses desaparecieran.

—No voy a traerle su libro, anciano.

Daar miró a Robbie con sus cristalinos ojos azules y bajó la voz.

—No tienes elección..., si quieres que tu familia siga intacta. Mañana a la puesta de sol en la cima —dijo, al tiempo que daba la vuelta y salía por la puerta.

Robbie se quedó paralizado varios segundos, luego salió corriendo al porche.

—¿Por qué yo? —preguntó al sacerdote que se alejaba—. ¿Por qué no Greylen, o mi padre, o Morgan? Ellos conocen la época, las costumbres de aquella gente y el terreno.

Daar se detuvo en mitad del camino y se volvió para mirarlo de frente.

—Aunque todavía están llenos de vitalidad, son demasiado mayores, Robbie —dijo—. Necesito un guerrero poderoso en la flor de la vida; alguien fuerte, astuto y competente que sea letal si es preciso.

—¿Y el hijo de Callum? ¿O uno de los chicos de Morgan?

Daar meneó la cabeza.

—Sus fuerzas se dirigen a los negocios, no al combate. Pero MacBain te ha criado como guardián; comprendió tu vocación y te ha preparado bien. —Le lanzó una torcida sonrisa—. Me parece que tu breve carrera como soldado de este tiempo quizá también resulte útil, aunque no podrás llevarte armas modernas.

—Da lo mismo, porque no voy a ir.

—Entonces te sugiero que disfrutes el poco tiempo que te queda con tu padre y tus tíos —dijo Daar mientras daba la vuelta y se internaba en el bosque.